

RESPUESTAS A LAS PALABRAS DEL PAPA SOBRE LA GUERRA

La carta de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal de El Salvador ha puesto en evidencia a quienes desean realmente la reconciliación del país fundamentada en la paz y la justicia social y a quienes desean continuar manteniendo el actual desorden profundizando la guerra y su regionalización. En las comunidades cristianas de la arquidiócesis y en los refugios las palabras del Papa se han recibido con enorme esperanza, pues, en ellas se ha visto la identificación clara del Papa con el dolor del pueblo salvadoreño. Ahora sí ha hablado claro, dicen algunos. Estas comunidades, a su vez, han escrito otra carta de agradecimiento poniendo de relieve cuánta razón tiene Juan Pablo II al denunciar la injusticia social como raíz última del conflicto actual y al señalar que la salida verdadera se encuentra, no profundizando la guerra, sino en el diálogo entre todas las partes involucradas, es decir, la Fuerza Armada y los Estados Unidos, por una parte, y el FMLN-FDR, por la otra.

Sin duda, hasta ahora, donde más relevancia se ha dado a la carta del Papa ha sido en la catedral de San Salvador. Tanto el P. Jesús Delgado como los dos obispos, Mons. Rivera y Mons. Rosa, han predicado sobre el contenido del documento. Al mismo tiempo, han pedido al gobierno con insistencia que detenga la represión implacable desatada contra el pueblo y que dé los pasos necesarios para iniciar el diálogo con la izquierda democrática. Las autoridades eclesásticas de la arquidiócesis han recibido con alegría el respaldo dado por el Papa con el peso de su autoridad a una idea defendida desde hace tanto tiempo en la catedral, que la injusticia social es la causa última de la violencia. Una idea repetida muchas veces por Mons. Romero.

Los predicadores han enfatizado asimismo que el Papa apoya la tesis del diálogo como el camino correcto para solucionar el conflicto que asola militarmente al país. Una tesis igualmente defendida hace mucho tiempo en la cátedra por Mons. Romero en sus homilias y en su práctica pastoral. Así, pues, el documento papal explícitamente ha venido a confirmar la pastoral de Mons. Romero.

Siguiendo en la misma línea, los obispos de la arquidiócesis dicen sentirse personalmente cuestionados para poner acciones más eficaces en orden a alcanzar la reconciliación nacional. Con lo cual, tanto el Papa como los obispos aludidos reconocen explícitamente que aún no se ha hecho suficiente en esa línea esencial a la práctica de la Iglesia. La reconciliación basada en la justicia es un elemento fundamental de todo ministerio episcopal. Por eso, Mons. Rosa prometió que "la Iglesia seguirá aguijoneando las conciencias para pedir el respeto a toda vida". Esta labor profética de denuncia se hace urgente a Mons. Rosa porque, según sus palabras, "parecería que ya nos hemos vuelto incapaces muchos de nosotros de buscar caminos racionales para resolver nuestros problemas y diferencias".

Juan Pablo II ha pedido expresamente a los obispos salvadoreños ser fieles a su ministerio episcopal poniendo medios eficaces para llegar pronto a la reconciliación, aun en contra de aquellos sectores que la rechazan convencidos de que la solución es la regionalización de la guerra con su secuela de dolor y muerte. Actualmente, trabajar por la paz exige denunciar todo lo que se opone a ella, aunque disguste a los promotores de la buena imagen del país en el exterior, pues, la nacionalidad no puede construirse sobre pilas

de cadáveres, como parece quieren algunos. A Mons. Rivera esto le ha acarreado ataques furibundos desde el editorial del *Diario Latino*. Mons. Rosa, sin embargo, ha enfatizado que "tenemos sobrados motivos para pensar que habitamos en un país cada vez más descompuesto y salvaje". Por eso, la Iglesia no puede callarse si es que trabaja por la reconciliación. Puede ser, como dijo Mons. Rivera, que su voz no llegue a los círculos gubernamentales, militares ni diplomáticos o que se silencie como se ha hecho otras veces, pero no se podrá decir jamás que en El Salvador hubo profetas mudos después de Mons. Romero.

La Conferencia Episcopal aún no ha reaccionado oficialmente. Hace pocos días se reunió para tratar el asunto resolviendo escribir una carta filial y agradecida al Papa. La Conferencia de Religiosos ya ha escrito una carta de agradecimiento.

El FDR ha mostrado claramente su complacencia por las propuestas de diálogo, pues, encuentra en ese llamamiento pastoral una justa preocupación por el dolor y la angustia del

pueblo salvadoreño. Al mismo tiempo, ha reafirmado una vez más su firme convicción de que el diálogo sin condiciones previas proporcionará la solución racional y pacífica en cuanto atienda a las causas fundamentales del conflicto.

Sin embargo, las palabras del Papa han sido desvirtuadas por algunos sectores interesados. Por eso, resulta difícil de comprender una serie de artículos escritos por un señor obispo sobre la carta del Papa. Aparentemente sus escritos están en conformidad con el mensaje papal, pero en realidad oscurece y desvirtúa dicho mensaje. Ciertamente, el Papa quiere la paz, la reconciliación, la conversión de los corazones. En este sentido, el prelado hace bien subrayando la intención de Juan Pablo II. Pero dicho prelado pasa por alto y deja completamente en el olvido los tres elementos esenciales propuestos por Juan Pablo II para buscar de verdad la reconciliación: la raíz de la violencia se encuentra en la injusticia social, existen dos bandos en guerra, uno de los cuales busca un nuevo orden social y el otro la seguridad nacional con brutales represiones, los dos bandos deben cesar en el uso de las armas y



aunar sus esfuerzos en la reconstrucción. Nada de esto se trasluce en los comentarios del obispo. Tan gravísima omisión lleva a desvirtuar las palabras del Papa en algo fundamental.

Parece que el obispo no ha sabido leer lo que tan claramente ha leído otra articulista. El obispo sólo ha sabido leer los deseos de paz, pero no la eficacia y la verdad de esos deseos. O tal vez ha querido suavizar, en un primer momento, el mensaje pontificio para hacerlo más aceptable a los militares, a los partidos políticos y a las fuerzas de la derecha. Aunque esta haya sido su intención, ello no excusa de seguir adelante y de explicar toda la verdad del análisis papal. De lo contrario estaríamos contribuyendo eficazmente a la campaña de silencio, a la de contradicción y a la de desvirtuación.

En los grandes medios de comunicación apenas ha habido reacción a las palabras del Papa. A pesar de la enorme trascendencia del documento, a pesar del empeño pontificio por ayudar a terminar con la guerra, los que se han visto denunciados por sus prácticas militaristas y por su responsabilidad en el conflicto, han preferido esconderse para no mostrar en qué contradicción se encuentran con respecto al juicio del Papa. Curiosamente ha sido la izquierda llamada revolucionaria la que ha tomado con interés esa propuesta. Los anti-marxistas, los católicos de siempre no han quedado contentos, porque bien han visto que las palabras de Juan Pablo II no les convenían en nada.

Un largo artículo aparecido en un diario vespertino de la capital pone esto bien claro. Al Papa no le han informado bien y por eso no ha podido aconsejar correctamente. El Papa no sabe que es "natural" la existencia de ricos y pobres y

pretende, siguiendo a Jesús, hacer desaparecer esa división tan natural. El Papa no sabe, según la señora firmante, que lo importante es que tanto él como sus sacerdotes enseñen a los pobres a vivir contentos con su pobreza para que después de los sufrimientos de esta vida alcancen el cielo, la bienaventuranza eterna. El Papa no sabe que al decir las cosas que ha dicho es posible que los pobres se sientan llamados a extirpar la injusticia social, lo cual no estaría bien. Y eso de poner en un mismo plano a los dos bandos en guerra, al de los terroristas y al de los defensores de la paz y la libertad, es una obcecación inexplicable en un pontífice. Para decir una cosa tan inaudita e imprudente debe estar seguramente muy mal informado.

En realidad, la articulista sí ha comprendido bien el texto del Papa. Se ha dado cuenta que el Papa fustiga la situación actual y hace afirmaciones gravísimas e inconvenientes desde todo punto de vista para quienes desean que las cosas sigan como hasta ahora, aun a costa de una violenta guerra. Esta señora ha sabido leer bien el mensaje del Papa, pero no le ha gustado y como no se atreve a contradecir abiertamente al Papa se evade disculpándolo por su mala información.

Juan Pablo II está bien informado sobre lo que ocurre en El Salvador. Por lo tanto, no hay razón alguna para que los cristianos se escapen de su apremiante llamado a la paz y la justicia por unos caminos muy bien definidos. Decir querer la paz y no aceptar los caminos propuestos por el Santo Padre, es algo que en un cristiano no se puede conciliar.

R.C.